

Escuchad esta hermosa página que el Padre Laccordaire dirigía á los adolescentes como vosotros:

«Nada hay más dulce que *la palabra del hombre* cuando emana de una inteligencia recta y de un corazón que nos ama; ella penetra en nosotros, nos conmueve, nos encanta, adormece nuestros dolores y exalta nuestras alegrías; es el bálsamo y el incienso de nuestra vida.

«Qué será *la palabra de Dios* para quien sabe reconocerla y escucharla?

«¿Qué será poder decir: *Dios ha inspirado este pensamiento; es El quien me habla; soy yo á quien lo dice, y yo quien lo escucho?*»

Y cuando de página en página, se llega á *la palabra misma de Jesucristo*, á esa palabra que no ha sido únicamente una simple aspiración interior y profética, sino el aliento sensible de la Divinidad, la expresión palpable del Verbo de Dios, escuchada por la muchedumbre, así como por los discípulos, ¿qué nos queda sino callar á los pies del Maestro y dejar repercutir en nuestra alma el eco de su voz?»

Cuando leéis las palabras que Jesús dirigía á sus Apóstoles, á la muchedumbre ó á alguno en particular, casi siempre podéis decir: *Es á mí á quien Jesús las dirige en esta hora.*

2. Dichosas las familias en las cuales regularmente se da lectura á algunas de las palabras de Jesucristo.

Estas palabras tienen todas un poder divino que

se derrama en las almas preparadas para ello y que puede ser:

Para las que han muerto: *la vida.*

Para las que lloran: *el consuelo.*

Para las que todo lo creen perdido: *la esperanza.*

Para aquéllas á las cuales atormentan el hambre y la sed de felicidad: *el sosiego y la alegría.*

Para todas: *una dirección que no engaña.*

Los Libros Santos, el Santo Evangelio más especialmente, son el libro de todos, del rico y del pobre, del sabio y del ignorante, del anciano y del joven, de los padres y de los hijos; de todos.

3. ¡Oh Santa Iglesia Católica, que nos habéis conservado en toda su pureza la palabra de Dios, y que mostráis tanto celo para difundirla entre las familias, *guiadnos* en esa lectura, *ayudadnos* á preparar nuestras almas para escucharla ó hacerla escuchar, y *dirigid* nuestra inteligencia para comprenderla!

VII.

Jesús niño y adolescente santificaba el Sábado y los días de fiesta.

«El sábado era el gran día de los judíos. Dios había prohibido hacer en él toda obra servil; pues, quiso reservarlo para sí. Los judíos debían pasarlo en obras santas.

Es sabido el rigor con que se observaba este man-

damiento. Ni aun era permitido encender lumbre y preparar alimento alguno. Todo trabajo manual debía cesar desde la víspera, viernes, al ponerse el sol, momento en que comenzaba el sábado, para seguir su curso hasta el día siguiente en la tarde.

Llegado el día, los judíos se entregaban á las obras santas como: *preces prolongadas, sacrificios en el templo, estudios acerca de la ley de Dios, y conferencias de los escribas y de los doctores sobre los textos de la Biblia.*

Cada uno permanecía en su casa, cuando no estaba en el templo ó en la sinagoga; el que quería salir no podía ir á más distancia que la de dos mil codos.»
—(PERDRAU.)

Además del sábado, había también *los días de fiestas.*

Las tres más solemnes eran *la Pascua, Pentecostés, y la fiesta de los Tabernáculos.* Duraban *siete días* y los hombres de toda la Judea estaban obligados á encontrarse en Jerusalén, permitiéndose la asistencia á las mujeres y á los niños.

En la familia de Nazaret, todas estas prescripciones del culto eran religiosamente observadas por Jesús, por María y por José.

El Evangelio no menciona más que un viaje de María y de José á Jerusalén para las fiestas de Pascua, llevando á Jesús consigo,—y la estancia de Jesús en el templo, donde, niño aun, asistió á las lecciones de los doctores de la ley, respondiendo á sus preguntas y proponiéndoles El mismo cuestiones que

los llenaban de admiración por su sabiduría y su oportunidad;—como nuestro corazón nos muestra á Jesús y á María viendo llegar aquellos benditos días—*los grandes días de Dios,*—con un profundo sentimiento de alegría.

Alegría, porque sabían que en esos días Dios sería más conocido y más particularmente adorado.

Alegría, porque podían manifestar exteriormente el amor que sentían hacia Dios, comunicarlo á los demás y participar del brillo de las preces públicas.

¡Oh Jesús! inspiradnos vuestro respeto hacia la ley que nos impone la santificación del domingo y de las fiestas, la asistencia á los oficios públicos y la suspensión del trabajo, dejándonos más libres para pensar en Vos.

Hacednos sentir lo que hay de bueno para el alma, para el corazón, para el espíritu y para el cuerpo también, en el descanso del domingo que nos permite vivir un poco más íntimamente con Vos, y en la frecuente asistencia en nuestra iglesia parroquial, llamada con tanta propiedad la casa paterna del alma.

Es, con toda verdad, *nuestra casa paterna*, esa iglesia parroquial donde, para llevarnos de niños, nuestra madre, nos ponía los vestidos de día de fiesta; donde no entrábamos nunca sino era poseídos de un sentimiento de respeto y como asombrados con todo lo que se nos mostraba; aquella vasta extensión con sus vidrieras de colores, aquel altar iluminado y aquella estatua de la Santísima Virgen ante la cual

nos llevaba nuestra madre, diciéndonos, al enseñarnosla con amor: *Esta es la imagen de tu madre celestial. Allá arriba tienes un padre, que es Dios, hijo mío; también tienes allá una madre, que es la Santísima Virgen María. Y allí, en medio del altar, en ese tabernáculo que ves tan brillante, está el Hijo de Dios, el hijo de la Santísima Virgen; se llama Jesucristo; es Dios como su Padre y te ama entrañablemente; ven, hijo mío, á decirle que le amas.*

2 Estas piadosas y dulces impresiones se debilitan á medida que uno crece, pero nunca desaparecen; van á refugiarse en el fondo del alma de donde más tarde, en las horas de tristeza y de alejamiento de Dios, se dejan sentir á menudo para volvernos á la virtud.

Pero lo que permanece siempre, y siempre nos hace amar nuestra iglesia parroquial, son *los recuerdos* que evoca en nosotros.

No podemos recordarlos aquí; pero más tarde, en aquellos días que parecen aun tan lejos, pero que para vosotros, como para nosotros, ya avanzados en la vida, vendrán á envolveros en sus inquietudes, veréis esos luminosos y *dulces recuerdos*, devolviéndoos algo de vuestros goces de hoy.

¡Oh primera confesión! ¡oh primera bendición del sacerdote! ¡oh primera comunión!—sinceras promesas de ser siempre fieles,—primeras lágrimas de duelo, vertidas cuando hemos visto allí, sobre esas losas envuelto en su féretro el cuerpo de los que tanto nos amaban. No, no os olvidaremos jamás.

VIII.

Jesús niño y adolescente servía siempre y en todo á los intereses de su Padre.

Servir á los intereses de alguno es:

1º Hacerle conocer en su persona, en sus obras y en sus palabras.

2º Defenderle:

Contra *la ignorancia* que no conociéndole tal como es, desnaturaliza su persona y sus obras.

Contra *la indiferencia* que no quiere que se ocupen de él y desvía á los que hacia él se dirigen.

Contra *el menosprecio* que le pone en ridículo.

Contra *la maldad* que procura dañarle directamente.

Este acto de servir á los intereses de alguno, de dedicarse á darle á conocer y á defenderle, se llama *apostolado*.

1. Ningún indicio hay en el Evangelio acerca del *apostolado* de Jesús niño y adolescente, fuera de su aparición en el Templo y de su conversación con los doctores de la ley, pero ¡cuán tierna, sin ser temeraria, es la suposición que nos muestra á Jesús hablando de su Padre—á los niños de su edad con quienes se juntaba, como lo veremos más tarde!

A los pobres á quienes encontraba en su camino,
A los desgraciados á quienes veía sufrir, y sobre

todo á aquéllos de quienes sabía que estaban tristes y desalentados.

Señor Jesús, no me atrevo á precisar lo que no encuentro en los Libros Santos ni en la Tradición, pero siento lo que debisteis hacer vos, a quien *devoraba el celo de la gloria de vuestro Padre*, y siento sobre todo lo que puedo y debo hacer yo mismo á mi edad.

Yo debo ser *apóstol*; y me parece que á mí también, en el medio en que vivo, me decís como en otro tiempo á los Apóstoles: *Ve y házme conocer de los niños* á quienes te asemejas algunas veces, para divertirlos y acariciarlos,

A tus compañeros de estudio y de juegos, y

A tus padres que te escuchan de tan buena gana, y *si te parece que no puedes con las palabras, hazlo con tu ejemplo y con tus oraciones.*

El apostolado del *ejemplo* y de la *oración* no es menos fecundo, y ese fué siempre el de Jesús.

2. Tampoco encontramos indicados los sentimientos que experimentaba Jesús niño y adolescente, cuando oía pronunciar una palabra irrespetuosa contra su Padre ó cuando veía transgredir voluntariamente sus mandamientos.

Entonces, como ahora, blasfemaban, menospreciaban y se burlaban de Dios; y ¡cuántas veces, ¡oh Jesús! debieron correr de vuestros ojos lágrimas de dolor y de reparación! ¡cuántas oraciones habréis dirigido á vuestro Padre, pidiéndole la conversión de aquellas pobres almas extraviadas ó ignorantes!

Un niño, después de *un retiro* en que se trató sobre la necesidad de ser fiel á Dios y de ser el apóstol de Dios, escribió estas líneas:

«Si viese alguna vez que *se atacaba* á Dios en sí mismo, en sus ministros ó en su Iglesia, le defendería con todas mis potencias.

«Si alguna vez oyera blasfemias ó palabras despreciativas contra Dios y su Iglesia, rechazaría esas palabras con energía, demostrando su inconveniencia y debilidad, aunque por ello hubiese de sufrir humillaciones.

«Si alguna vez viese enseñar el mal á unas almas inocentes, me opondría á ello con toda la fuerza que me da, en este momento, mi amor hacia Dios.

«Me han dicho que unos niños habían combatido por defender á su madre de quien se hablaba mal; si oyese hablar mal de Dios, *combatiría* por defenderle.

«Y si no puedo impedir el mal ó manifestar lo que experimento, haré en el fondo de mi corazón una ardiente plegaria de reparación.

«Y en cuanto á mí, si un compañero perverso quisiera arrastrarme al mal, si me amenazara con hacerme perder la reputación, y me prometiese honores ó goces; enérgicamente le diría: *No; por ningún precio ofenderé á Dios.*»

3. Las palabras de Jesús á María y á José al encontrarle en el Templo y al participarle su inquietud, deben ser la regla de conducta de toda nuestra vida.

Yo debo, les dijo Jesús, estar ocupado en los intereses de mi Padre.

Si, los intereses de Dios, la gloria de Dios y la sumisión á Dios deben pasar ante todo.

Si, por los intereses y la gloria de Dios, debemos, como Jesús, sacrificar lo más caro que tengamos, y no vacilar, si es preciso, *en desgarrar nuestro corazón y, lo que es más duro, el corazón de los que nos aman.*

IX.

**Jesús niño y adolescente
se sometió siempre á la voluntad
de su Padre,
en todo lo que le concernía personalmente.**

Estas palabras emanadas de los labios de Jesús: *Yo hago siempre lo que agrada á mi Padre; mi voluntad es la de mi Padre; que se haga, no mi voluntad, sino la de mi Padre,* no eran más que la expresión de los sentimientos habituales de su alma.

Su Padre le queria *pobre, humillado, ignorado,* y El amó la *pobreza, la humillación, el olvido y la vida oculta.*

Su Padre quiso que experimentase todas las penas y todos los sufrimientos de los niños, *el hambre, la sed, el frío, el aislamiento.* sintió sus rigores, y no obstante, amó todos sus sufrimientos y todas sus penas.

En verdad, su celo por la gloria de su Padre y por la salud de nuestras almas le habría llevado hasta *hacer conocer á Dios* con sus palabras y sus milagros, durante los muchos años de su vida de Nazaret, como lo hizo durante su vida pública; pero su Padre quiso que permaneciese oculto y casi silencioso treinta años, sin manifestar su celo; y El amó el silencio, sometiéndose á él de buena voluntad.

«Es un abismo el que hay en ese *desinterés interior de Jesús,* dice Mons. Gay. Humanamente hablando, toda su vida es impersonal: nada de lo que salía de El terminaba en El. No buscaba ni deseaba su gloria, ni su ganancia, ni sus goces, ni propiedad de ninguna clase. Dar gloria á su Padre, beneficiar á sus hermanos, contentar á Dios y salvar á los hombres, era el fin de todos sus actos y la única ambición de su corazón.»

Espera en la calma el permiso de su Padre para manifestar exteriormente el celo que le devora. Su vida es una vida de sumisión absoluta y de abnegación total y continua.

¡Dichosas las almas que simplemente saben *vivir,* donde Dios quiere que vivan, *hacer* lo que Dios quiere que hagan, y *ser* lo que Dios quiere que sean.

X.

**Jesús niño y adolescente se sometió siempre
á la voluntad de su Padre,
en todo lo que concernía á su Madre.**

Jesús que amaba ardientemente á su Madre, debía desear naturalmente verla *dichosa, tranquila, disfrutando* de la vida en lo que tiene de bueno, santo y agradable. ¿No es ése el sueño de todo niño que tiene buen corazón?

¡Ah, si Jesús hubiese podido evitar á su Madre todas las penas de la vida!

Pero Dios quiso que María estuviese más ó menos en continua ansiedad por causa de su Hijo; y sobre todo desde aquella profecía del anciano Simeón: *Una espada de dolor traspasará vuestra alma*, tuvo como una visión clara y detallada de los futuros dolores de Jesús. Su hijo muy amado fué para ella, por la fuerza misma de su amor, objeto de una angustia que iba en auge á medida que se acercaba la hora del Sacrificio.

Jesús lo sabía, Jesús lo sentía y, con humilde sumisión, con un sentimiento profundo de respeto y de amor hacia su Padre, dijo como en los días de su agonia: *¡Padre, si es posible, apartad este cáliz de los labios de mi madre; mas, sin embargo, que se haga vuestra voluntad y no la mía!*

¡Oh! yo también, Señor, digo como Jesús: Que se cumpla en mí y en torno mío vuestra santa y adorable voluntad.

Como Jesús os rogaba por su Madre, yo os ruego por todos los que me pertenecen, Dios mío. Guardadlos, evitadles sus penas; y si en vuestra justicia misericordiosa, tuvieseis por conveniente hacerlos sufrir sobre la tierra, concededme que ocurra siempre en su auxilio, para socorrerlos, fortalecerlos, consolarlos y salvar su alma.

XI.

**Jesús niño y adolescente sacrificaba todo á la
voluntad de su Padre.**

Jesús amaba á su Padre celestial; le amaba con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas, y le *amaba sobre todo*; y *este amor de Dios* dominando á todos los otros amores, es el que quiso enseñarnos.

El fué quien debía decirnos estas palabras que han hecho verter tantas lágrimas, y que han destrozado tantos corazones de niño y tantos corazones de madre: *El que ama á su padre y á su madre más que á mí no es digno de mí.*—En los primeros días de su vida, cuando el corazón parece más amante, cuando se apega con más fuerza, cuando es más amado por lo delicado que es aun, y cuando necesita más afec-

to, quiso sentir todas las amarguras en su corazón de niño, separándose de su Madre.

¡Oh, qué misterio encierra la página del Evangelio que nos muestra á la santa familia yendo piadosamente al templo de Jerusalén. . . . y después, al regreso, no viendo ya María y José á su Hijo cerca de ellos, buscándole llorosos, no encontrándole sino después de tres días de angustia; y en el momento que le tendían los brazos, oyendo que les decía: *¿Por qué me buscáis? ¿no sabéis que es preciso que me ocupe en los intereses de mi Padre?*

Jesucristo vino á establecer sobre la tierra una familia *más íntima que la de la sangre*; y tiene su nombre: *familia religiosa*.

En esta familia, Dios es de algún modo más directamente *el Padre*; allí se muestra más amante, más compasivo y más generoso.

¡Dichosos aquéllos á quienes escoge para formar parte de ella, á quienes atrae, á quienes llama y acuden á su llamamiento;

Esos ciertamente que aman siempre á su familia de la tierra, el padre y la madre de los cuales son tan amados; pero más aman á *Dios* y *por El*, lo abandonarán todo. . . . todo, como Jesús.

Pocos son los llamados.

¿Seréis vosotros de ese corto número, niños que leéis estas páginas? Hé ahí el secreto de Dios.

1. Si esta gracia os es concedida, pensad en la generosidad de Jesús; y si vuestro corazón se entris-

tece á la vista del llanto de vuestra madre, pensad en el dolor de la Santísima Virgen y en el de san José; y pensad también en el de Jesús. El Evangelio no dice que Jesús haya llorado, pero ¿creéis que su corazón de niño no se haya conmovido y destruido por el dolor que aquella separación le hacía experimentar tanto á él como á su Madre?

Dios lo quería; y Jesús amaba á Dios más que á su Madre.

2. Jesús pudo obrar por sí sólo, sin necesitar consejos; era Dios y no podía engañarse.

Tú, hijo mío, no puedes hacer nada *por tí mismo*.

Debes exponer tus deseos á aquéllos á quienes Dios ha confiado el cuidado de tu alma; escuchar con docilidad los consejos que se te den, no obrar sino después de un tiempo más ó menos largo, y según las circunstancias, para poder siempre decir: *yo me dejo guiar*.

Y cuando estés seguro de que Dios te llama, *¡vé!*

3. Las palabras de Jesús niño á su Madre que le decía con el corazón conmovido: *Hijo mío, ¿por qué obraste así? tu padre y yo te buscábamos anegados en llanto; esas palabras: ¿Por qué me buscabais? ¿No es preciso que me ocupe en los intereses de mi Padre? . . .* os admiran quizá, niños, y os parecen austeras.

No sin razón Dios ha permitido que nos fuesen transmitidas. No indican ni falta de respeto, ni falta de amor; no son más que *una afirmación de los derechos de Dios*.

Y tal vez un día deberéis acentuar esta afirmación. No será por cierto vuestra familia cristiana la que os exija un acto contrario á la ley de Dios; pero puede suceder que encontréis en vuestra vida de adolescentes, compañeros de estudio ó de juegos que quieran arrastraros á donde no debéis ir, que quieran enseñaros lo que no debéis saber, y sustraeros de la voluntad de Dios.—¡Oh! sabed resistir entonces, á las solicitudes, á las promesas, á las burlas y á las amenazas, y decid enérgicamente: *Yo debo estar donde Dios quiere; no debo hacer lo que Dios me prohíbe; debo ir á donde Dios me llama.*

XII.

Jesús niño y adolescente era objeto de las complacencias de su Padre celestial.

Recordaréis que á la hora en que Jesucristo fué bautizado por san Juan Bautista, el cielo se abrió, el Espíritu Santo descendió en forma de paloma, y una voz de lo alto dejó oír estas palabras:

Este es mi Hijo muy amado; y en El he puesto todas mis afecciones.

Era Dios quien hablaba, Dios que desde el momento de la Encarnación mostró hacia su Hijo aquel amor divino, cuya extensión, altura, profundidad y ternura están por encima de todo lo que podemos imaginar.

Ese amor que se declaró solamente en aquella hora, existió y existirá siempre en Dios.

Es un amor *de complacencia*, como lo indica el Evangelio, un amor que hace dichoso al que lo siente, y dichoso á quien es objeto de él.

El corazón de Dios, osamos emplear palabras humanas, se complace *en ver* á Jesucristo en su hermosura, en su esplendor, en sus humillaciones y en sus sufrimientos; en admirarle cuando *obra*, en escucharle cuando *habla*, y sobre todo cuando *ora*.

Lo que atrae especialmente las miradas afectuosas de Dios, es *la pureza de Jesús*.

El alma de Jesús creada á imagen de Dios, ha conservado siempre esa imagen en toda su limpidez.

Nada ha venido jamás á empañarla.

Nada ha venido jamás á alterar sus rasgos divinos.

Los ángeles, inclinándose hacia el alma de Jesús, ven allí en todo su esplendor la imagen de Dios, la belleza de Dios, la generosidad de Dios, la abnegación de Dios; y respetuosos y reconocidos adoran y se regocijan.

1. Niños, *conservaos puros*, y Dios se complacerá en vosotros, y habitará en vosotros, y vosotros os complaceréis en Dios, viviréis y obraréis con Dios.

Conservaos puros,—esta corta expresión dice todo lo que es necesario saber acerca de la pureza, y hace comprender todo sin explicar nada.

Es la luz que muestra lo que debe ser un alma

para tener la belleza, la inspiración, el gozo, la amabilidad, la ternura y la abnegación que da la pureza.

Una luz que muestra, sin decirlo, lo que quitaría al alma pura su encanto, su dicha, y su dulce y seductora alegría.

No hay para qué decir lo que es la pureza. Puede aun decirse de ella perfectamente: «Yo no sé más que balbucear cuando es preciso que hable de ella, escribe Bossuet. ¡Felices, bienaventurados los que tienen el corazón puro! Este corazón es un *crystal* perfectamente limpio, un *oro* perfectamente refinado, un diamante sin ninguna mancha, una fuente perfectamente clara.—¡Ah! ¡qué maravillosa es esta fuente incorruptible! Dios se complace en verse allí como en un espejo, y se reproduce á sí mismo en toda su belleza.»

Conservaos puros, y amaréis á vuestra madre, y os complaceréis cerca de ella, como Jesús amaba á su Madre y permanecía con placer á su lado.

Amaréis la casa paterna y la casa de educación en que estáis, y seréis dichosos con vivir mucho tiempo en ella, así como Jesús era dichoso pasando muchos años en su casita de Nazaret.

Conservaos puros, y vuestra alma, vuestro corazón y vuestra inteligencia vivirán en una perpetua juventud; habrá en vosotros una florescencia brillante de sólidos y útiles pensamientos; un atractivo poderoso hacia todo lo que es grande, todo lo que es bello y todo lo que es afectuoso.

Conservaos puros, y sentiréis aumentarse la energía que demandan el cumplimiento del deber y la aceptación de todos los sacrificios que Dios quiera exigir de vosotros.

Quitad la pureza de un alma, y quedarán en ella *la turbación, la tristeza vaga, el decaimiento de la voluntad, la inquietud del espíritu, el abatimiento de los deseos, el oscurecimiento de la abnegación, la necesidad de ocultarse y la tendencia perpetua á la hipocresía.*

2. *Conservaos puros*; pero no solos.

Entre los consejos que debemos dar, el más importante es éste:

Tened un *confesor* á quien abráis entera y resueltamente vuestra alma.

Un confesor con quien vayáis cada semana, y aun varias veces por semana, á darle cuenta *de lo que existe en vosotros, de vuestras tentaciones, de vuestras dudas, de vuestros combates, de vuestras caídas, de las ocasiones del mal que se presentan y de las que buscáis, de las personas que frecuentáis, del trabajo que ejecutáis, de los libros que leéis, de los esfuerzos que hacéis, de la docilidad á los consejos que se os dan, de la rebelión de todo vuestro ser contra lo que se os dice, aun en confesión.*

Sed dóciles: vuestro confesor os *hará orar*, y os *hará comulgar*.—El os *hará luchar* y os *hará huir*; os indicará vuestras *lecturas, vuestras horas de trabajo*, y os *impondrá algunas privaciones*

Sed dóciles: y si obedecéis á pesar de vuestra repugnancia, de vuestro orgullo herido, de vuestra pereza, de vuestra cobardía, del poco éxito de vuestros esfuerzos, y á pesar de vuestras caídas, más frecuentes á veces, Dios se compadecerá de vosotros, y *permaneceréis puros ó volveréis á ser puros nuevamente.*

ARTICULO SEGUNDO.

Jesús niño y adolescente nos ha amado.

Siendo el corazón de Jesucristo el *corazón de un hombre perfecto, un corazón humano*, tiene por consiguiente todos los sentimientos de un corazón humano en lo puro, grande, elevado, tierno y delicado que tiene este corazón, con la diferencia de que no podría engañarse ni acerca del objeto, ni del modo, ni de la medida de sus afecciones.

Además, estando unido á la naturaleza divina, este corazón es al mismo tiempo *un corazón divino*; y encierra, por consiguiente, los tesoros infinitos de la divinidad.

En El está la fuente de todos los bienes.

En El la fuente de todo lo que es *bueno*, de todo lo que es *amable*, de todo lo que es *puro*, de todo lo que es *santo*, y de todo lo que es útil para la vida presente y para la vida futura.

Y esta fuente, por lo mismo que es divina *es inagotable* y, durante siglos de siglos, una infinidad de

criaturas vendrá á saciarse de ella sin disminuir en nada sus riquezas.

En Jesucristo está la fuerza que reanima, que levanta y que sostiene;

En El, el perdón, la misericordia y la paz;

En El, el consejo, la luz y la dirección;

En El, el consuelo, la alegría, el sostén y el socorro;

En El, la abnegación, la ternura y el amor.

Y todo ésto está *por nosotros y para nosotros.*

Y todo ésto se resume en esta simple *expresión* que se escapa como por instinto de toda criatura humana que se coloca enfrente del Corazón de Jesús:
¡Qué bueno es Jesús!

Expresión que se traduce al *idioma vulgar* con estas palabras divinas:

Dios es amor.

Sí, *es bueno*, y esta palabra como este nombre: *el buen Dios* aplicado á Dios, es por sí sola una demostración de las relaciones de Jesucristo con nosotros y de nuestras relaciones con Jesucristo.

La madre, hablando á su hijo, no le llama más que *el buen Dios*, y esta palabra dice al niño todo lo que debe saber acerca de Dios, y la obligación que tiene de no desagradarle jamás.

El pueblo, hablando de Dios, no le conoce sino bajo el dictado de *el buen Dios*, y para él, este nombre lo dice todo.

También á vosotros, niños, esta frase: *Jesús es bueno*, dice todo lo que Jesucristo es para vosotros.

¿No es la bondad el atributo que este divino Salvador ha dejado brillar perpetuamente en todos los actos de su vida, en todas las palabras emanadas de sus labios, y en todos los sentimientos de su corazón?

Por Jesucristo y con Jesucristo se nos ha aparecido la *benignidad divina* para atraernos más fácilmente hacia El, comunicarse más íntimamente á nosotros, hacernos *buenos* como El, y convertirnos en *apóstoles* que vayan por el mundo diciendo á todas las criaturas:

¡Jesús es bueno!

Si, fué *bueno*, durante los años de su vida mortal sobre la tierra;

Es bueno aun en su vida Eucarística;

Y será bueno siempre, siempre durante toda la eternidad.

Y esa bondad que mostró durante los años de su infancia y de su adolescencia, es la que especialmente trataremos de presentar, á fin de que nos sirva de modelo.

Procuraremos decir cómo:

1. *Jesús fué bueno para con los suyos.*
2. *Jesús fué bueno para con todos aquéllos con quienes tuvo relaciones.*

I.

Jesús niño y adolescente fué bueno para con los suyos.

Esta palabra *los míos* tiene algo de familiar y dulce que encanta; está dictada por la ternura, y pone aparte, entre los que se aman:

A los que están unidos á nosotros por los *lazos de la sangre* y forman directamente la familia: *el padre, la madre, los hermanos*. que son verdaderamente nuestros, así como nosotros somos *suyos*; y

También á aquéllos que están unidos á nosotros por lazos de amistad que en cierto modo ensanchan, prolongan y completan la familia.

Dirigiremos desde luego una mirada al interior de la casa de Nazaret donde Jesús vivía con los suyos; su madre la Santísima Virgen y su padre estimativo san José.

Procuraremos, en seguida, con el auxilio de los piadosos y esclarecidos espíritus que han estudiado, bajo la inspiración de Dios, la vida íntima de Jesucristo, repetir *la manera de obrar* de aquel Niño divino en la casa de Nazaret, con su madre y san José.

I.—LA CASA DE NAZARET.

No tenemos que describirla bajo el punto de vista material.

Es sencilla; posee lo que es estrictamente necesario á la vida del obrero, y resplandecen en ella el orden y la limpieza.

Jesús la amaba, porque para El era *la casa paterna*, aquella en que vivía con su madre y con su padre; y la casa paterna no necesita ser rica y brillante para ser amada.

* *

1. La casa de Nazaret es una casa de *silencio*.

«El silencio, dice Mons. Gay, era su atmósfera y las palabras mismas estaban impregnadas de él. Casi siempre se hablaba en voz baja, y ¡cuán pocas palabras se decían!

Pero ¡qué palabras!

Palabras de santos, palabras llenas y eficaces, palabras de vida embalsamadas de gracia, palabras que regocijaban á los ángeles, palabras dignas de ser escuchadas por Dios.»

Y cuando Jesús hablaba, las suyas eran verdaderas palabras de Dios.

Este silencio favorecía *la unión con Dios*, de la cual hemos hablado, y que hacía de aquella morada de la tierra, un verdadero reflejo de la morada de los santos del paraíso,

* *

2. La casa de Nazaret era *una casa de oración*.

Era un santuario de donde subían perpetuamente á Dios el amor, la adoración, la acción de gracias y la reparación; y á donde descendían el amor, el gozo y una abundancia infinita de gracias. Había allí, entre Dios y aquella familia amada, ese *comercio divino* que parece asociarlo todo y no formar sino un corazón y una sola alma.

* *

3. La casa de Nazaret era *una casa de humildad y de paz*.

«¡Qué abismo para un Dios aquel aposento de la Santísima Virgen, en parte cavado en la roca; aquel pobre taller del obrero José; aquellas costumbres forzosamente plebeyas; aquellos contratiempos de gentes que dependen, por su estado, de la voluntad y á veces del capricho de los ricos; aquellas privaciones frecuentes; aquel régimen grosero; aquella obscuridad completa; aquella ausencia aparente de toda ciencia, de toda literatura y de toda cultura, y en fin aquella apariencia de ineptitud para todo lo que más estiman los hombres aquí abajo: *el crédito, la influencia, los honores y el poder!*»

Pero también ¡qué serenidad y qué paz!

La paz de la justicia, la paz de las leyes voluntariamente acatadas, amadas y abrazadas,